

Comentarios. ("Nuevo Mundo", Madrid, 17 julio 1913).

Me preguntan qué es lo que pienso de nuestro problema en África, y mi deseo de contestar á la pregunta me obliga á fijarme en el problema y á examinar si tengo ó no clara conciencia respecto á él. Y acaso vaya empezando á formarme conciencia del problema y ayudando á que otros la formen.

Porque el hecho es que España se ha visto enredada en ese problema sin que el pueblo español tenga la menor idea clara de las ventajas ó desventajas de ir á meterse en África. Bien, es cierto, que nuestra conciencia colectiva internacional es escasisima, casi nula, y escasisima y casi nula por ende nuestra conciencia nacional colectiva. Pues de la misma manera que un hombre no puede decirse que tenga conciencia de sí, sino respecto á los demás hombres, y frente á ellos, contra ellos, y con ellos á la vez,—pues lo que separa uno—y no la tiene si encerrándose en sí no hace sino á sí mismo contemplarse, de la misma manera, un pueblo que no se ve frente á otros pueblos, contra ellos y con ellos á la vez, no puede tener conciencia de sí. De donde resulta, que el meterse el pueblo español en su concha, en su territorio, y no atender sino á las que creemos sus internas necesidades, conducirá tal vez—y aun esto lo dudo—á una más sana vida fisiológica ó material, á un bienestar económico mayor, pero impedirá la formación de nuestra personalidad nacional.

Ya sé que á una gran parte de nuestro pueblo, tal vez á la inmensa mayoría de él hoy, le importa poco esa personalidad espiritual nacional, y ni aún sabé lo que es. El llamado materialismo histórico está en las entrañas del pueblo inculto. El bienestar material es lo único que parece interesarle. No tanto, sin embargo, que no se logre alguna vez electrizarlo con llamadas al patriotismo. Y la patria es una categoría espiritual profundamente anti-económica. Sólo con sacrificios anti-económicos se hace y se sostiene patria.

Yo, por mi parte, como individuo, renuncio á vivir mejor, es decir, con menos privaciones, con más comodidades y mayor bienestar, con más salud, etcétera, si ha de ser á costa de perder mi carácter ó de menguarlo, de dejar de ser lo que me hace ser el que soy frente á los otros y ante mí mismo. Y un pueblo que tiene conciencia de sí, renuncia á un mayor bienestar á cambio de la pérdida ó la mengua de su personalidad.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

Ahora bien, nuestra aventura en África puede contribuir á darnos conciencia colectiva nacional, ó sea inter-nacional, ó á acrecentar la poquísima que tuvimos? Tal es el problema.

Lo del dinero y las vidas que ello cueste sería una cuestión secundaria si con ese dinero y esas vidas lográramos

lo que empleándolos en escuelas y en fomento de riqueza interior habría de lograrse, y es, no el vivir cada español más cómoda y placenteramente, sino hacer patria, tener conciencia de ciudadano.

Si se ha dicho, y Hanotaux lo repetía hace poco, que pueblo que puebla se puebla, cabe decir que pueblo que coloniza se coloniza. Y no creo que nadie se atreva á negar en redondo que el haber dado á luz veinte pueblos en América, no le haya servido á España para formar su propia personalidad. Yo llevo á creer que la América española ha hecho lo mejor de España. Y si un día hubiésemos de perder la parte de Marruecos que se nos ha asignado en las condiciones en que últimamente perdimos Cuba, y dejando allí establecida una nación de lengua y de tradiciones españolas—sobre todo de lengua—daría por bien empleada esta aventura.

Nos ha llevado, además, á África una especie de fatalidad histórica. Y el arte de la vida consiste en saber aprovecharse del hado, no en pretender eludirlo. Nuestra libertad se ejerce sobre determinaciones externas ineludibles. El que mejor y más libremente juega con el azar ó con el destino es quien mejor cumple su misión. La urdimbre de la historia se nos da urdida por la mano del Destino, lo nuestro es tejer en ello con los hilos de nuestra trama la tela de nuestra historia. Si queremos eludir esa urdimbre, la lanzadera irá y vendrá en vano por el vacío. Y es, por otra parte, absolutamente im-

posible volverse atrás. Abri-  
go el presentimiento de que  
hoy volvemos atrás de la aven-  
tura de África nos traería mu-  
chos más perjuicios, hasta mate-  
riales—que no son, repito, los que  
más deben importar á un pueblo  
— que no el proseguir en ella. Nos  
traería por de pronto un sentimiento de  
depresión espiritual nacional.

Todo ello es cuestión de espíritu. De espíritu, ¿eh? no de idea. Es espiritua-  
lismo, no idealismo lo que aquí predico.  
No sé qué nueva categoría ideal nacional pueda traernos nuestra acción en África; sólo pienso en que nos traiga una exaltación del espíritu nacional. No soy un idealista, lo que técnica y



extrictamente se llama así. Mas espero que salga la idea del espíritu que no este de aquélla. A lo cual alguien llamará sentimentalismo. Sea, pues.

Soy de los que descan para mi patria el que sea una patria, una persona colectiva con la mayor conciencia posible de sí y de lo que la diferencia y de lo que la une á las demás patrias, una persona colectiva, con su espíritu propio y su concepción y su sentimiento propios de la vida, y no una provincia más de Europa con carreteras más ó menos cómodas para automóviles, con ciudades en que se coma muy barato y se mate el aburrimiento muy baratamente también. Quiero una patria en que podamos sobrevivir todos los que la estamos haciendo porque sea un solo espíritu en la sucesión de los tiempos.

Y pienso si esa región de Africa que nos ha cabido en suerte—y en sorteo— y donde para civilizar tenemos que civilizarnos más que estamos, no puede llegar á sernos una escuela y una despensa; una escuela de patriotismo y una despensa de espiritualidad. Y si así no fuese, es que habíamos faltado al destino. Y este es el pecado que no admite remisión.

Me rendiría á las razones de los que dicen que debemos ahorrar vidas de hombres y dinero si creyese que el empleo que piensan dar á ese ahorro es un empleo digno de él, pero el ideal de los que predicán el que nos quedemos en casa me parece un ideal tan pobre y tan empobrecedor de espíritu que no logran convencerme sus razones.

Y lo que siempre y en todo caso rechazaré en estos asuntos es lo que comúnmente se llama sentido común, que cuando se le mayusculiza—así, el Sentido Común—es lo más desastroso con que puede uno tropezar, porque es la absoluta falta de conocimiento especial y técnico de un lado, y la falta de espiritualidad del otro. Con sentido común hablan de cálculo infinitesimal los zapateros.

Ahora, ¿servirá la aventura de Africa para lo que debe servir? Este es el problema.

Miguel de Unamuno

